

## CALAHORRA Y EL MONUMENTO A PRUDENCIO

por

Alfredo Pérez Alencart\*

Gran obra la de un puñado de hombres y mujeres que en Calahorra vienen impulsando de forma diaria -y sin mayores apoyos económicos de carácter institucional- el recuerdo de la historia de su ciudad, emblemático enclave riojano cuna de dos de los más notables hombres del pensamiento de la Hispania romana: Quintiliano y Prudencio. El primero de ellos hace ya largos años que tenía una estatua, en céntrico y algo oculto espacio, para así honrar su memoria. Con Aurelio Prudencio Clemente se había sido menos agradecidos, por diversos avatares que fueron confluyendo en el olvido o el propio desconocimiento de su enorme gloria.

Pero ha sido la asociación denominada «Amigos de la Historia de Calahorra» quien ha batallado por largos años para sacar adelante un proyecto, cuya primera vislumbre surgió en el seno de su Junta General del 16 de febrero de 1981. Ese año se celebraba el bimilenario del municipio calagurritano y la propuesta del monumento era idónea para hacerla viable en tan significativa fecha. No obstante, y salvo una petición en tal sentido al Ayuntamiento, nada pudo concretarse. Pero la deuda con Prudencio se saldó el día 28 de febrero de 1998, nada menos que 1650 años después de su nacimiento. Yo presencié aquel acto inaugural y ví a José Luis Cinca -junto a todo ese grupo humano que le secundaron con la emoción del deber cumplido. Porque fuí testigo de la génesis del proyecto último, y también de la colocación de la Primera Piedra, así como del colofón feliz, me complace la petición para ser cronista de estos hechos.

Estar en Calahorra esa tarde de marzo, con el cierzo templando el cuerpo, me llevó a recordar las reflexiones de carácter general que me surgieron el 25 de octubre de 1997, cuando entonces se echaban las paladas que sellaban la colocación de la primera piedra. Pensé -y pienso- que con entregas al rescate cultural como lo que están haciendo la «Asociación Amigos de la Historia de Calahorra» la huella del pasado y sus logros culturales más profundos persisten en seguir impregnando a nuestra sociedad de finales del segundo milenio cristiano, aún cuando la inmediatez y la banalidad de la vida moderna hace lo imposible por enterrar las grandes contribuciones que nos legaron los pensadores

---

\*Poeta, ensayista y profesor de la Universidad de Salamanca

del mundo clásico. Bajo el paradigma equivocado de conceder mayor importancia a las ciencias y demás enseñanzas «prácticas» se está conduciendo a nuestra juventud hacia un aprendizaje mimético, carente de reflexión y poco propicio para el cultivo del espíritu. Se ha creído -y muchos todavía continúan en esta senda- que la modernidad o posmodernidad significa adentrarse en la cibernética, los avatares de la macroeconomía o los disparates de la geopolítica. Todo ello está bien y debe ser respetado en su contexto, pero nunca deberíamos olvidar la sentencia precisa de Heidegger: «Los griegos significan para nosotros un monstruoso desafío». Pero también los latinos, como la mayoría estará de acuerdo. Resulta difícil abstraerse de hablar del mundo clásico, máxime ahora cuando se pretende restaurar -mínimamente- los estudios de Humanidades en España. Al final primarán los criterios políticos y las concesiones ventajistas sobre la necesaria formación del hombre, a ese contacto con los idiomas clásicos, con el peso semántico, con los debates y tensiones que la traducción y la filosofía aportan al pensamiento provocativo que ya viene desde Heráclito y su compañía primigénea entre símbolo, enigma y sentido.

Pese a su destierro o reducción drástica de las escuelas, razón por cual yo mismo ignoro casi todo del Griego y del Latín y me nutro vía traducciones de otros, lo cierto es que la edad del pensamiento clásico procura seguir manteniendo con algunos un fecundo diálogo.

El 25 de octubre 1997 asistí a la colocación de la primera piedra del monumento al gran poeta latino cristiano Aurelio Prudencio Clemente (348 d.C.). A él habría que aplicar lo que para su propia obra predijo el inigualable Horacio en su oda III-30:

*He levantado un monumento  
más fuerte que el bronce  
más alto que las pirámides.*

Esa proyección tan clara hacia un destino perdurable, a la manera de nuestro Unamuno, ya estaba presente en el propio Horacio y su «No todo yo moriré». Y así ha sido, también para Prudencio, cuya obra constituyó un sólido fundamento en la formación de los más auténticos pensadores de la Europa del Medioevo y Renacimiento. Muchos son tributarios de su *Psicomaquia*, el combate entre vicios y virtudes, la batalla acerca del alma. Ahí está el Arcipreste de Hita y su *Pelea de Don Carnaval y Doña Cuaresma* o los autos sacramentales de Calderón y Lope de Vega. De su grandeza como «el poeta cristiano de Occidente» baste esta alabanza a los mártires cristianos Emeterio y Celedonio, traducidas del latín por el maestro Alfonso Ortega:

«Una tierra ibera, dichosa en todo el orbe con esta corona, digno de guardar los huesos hizo el mismo Dios este lugar, y albergue honroso de sus santos cuerpos.

Este lugar, teñido con martirio doble, bebió las cálidas corrientes de sus venas; estas arenas, rociadas con su santa sangre, visitan ahora los hijos de esta tierra, y en oración presentan sus súplicas, sus votos y sus dádivas.»

Pero es de justicia hablar de otros actos previos encaminados a llevar a buen término el proyecto del monumento. Pablo Torres Cascante recuerda la idea en abril de 1996 y el mes siguiente -16 de mayo- es planteado nuevamente en reunión de la Junta Directiva de la Asociación Amigos de la Historia. A partir de ese momento se suceden las gestiones y acrecen las ilusiones: se habla con Antonio Loperena, residente en Tudela y quien realizó la estatua a Quintiliano, para que hiciera un boceto del monumento a Prudencio. Lo mismo se encarga a Pablo Torres. El 3 de octubre se analizan las dos propuestas y se decide por la de éste último, con forma de monolito coronado con una gran cabeza de bronce. También tenía dos alas laterales simbolizando un libro abierto, donde figuraban en relieve unas imágenes de los mártires a los que canta Prudencio. A Loperena se le encarga la realización de la cabeza de bronce. También se decide en esta Junta General el emplazamiento del monumento en el sector B-5.

En enero y febrero de 1997 hay reuniones y debates para concretar los detalles y la forma de recaudar fondos que posibilitaran la construcción del monumento, cuya altura queda fijada definitivamente en siete metros, así como la inserción de los títulos de las obras de Prudencio a las pies de las figuras de rehundido. El 8 marzo del mismo año se acuerda publicar un libro sobre Prudencio, cuya venta estaba destinada a financiar el monumento. Se cuenta con la colaboración económica de Ibercaja y se encarga la redacción, por sugerencia de D. Antonino González Blanco, al catedrático de Filología Griega y Latina de la Universidad Pontificia de Salamanca, profesor Alfonso Ortega Carmona. Dicho libro se presentó el 30 de abril de 1997 en la Sala de Cultura de Ibercaja. Durante su estancia en Calahorra, el profesor Ortega sugirió que las figuras del rehundido fueran siete a cada lado. También se le pidió una poesía suya, en latín, a fin de ser colocada en el monumento, sobre la placa «Calahorra a Aurelio Prudencio Clemente».

Cuando se puso la primera piedra del monumento ví felices a varios hombres. Uno de ellos era Alfonso Ortega Carmona, auténtico humanista de nuestro tiempo, quien echaba las primeras paladas de cemento sobre la arqueta que contenía -para los siglos venideros y entre otras cosas- su traducción cimera de las *Obras Completas* de Aurelio Prudencio (BAC, Madrid, 1981, 826 págs.). Más de diez mil versos traducidos del Latín (10.865), largos meses de trabajo, toda una vida dedicada al estudio y traducción de clásicos griegos y latinos. Otro era José Luis Cinca, de labor denodada en el difícil e incomprensido trabajo cultural.

El 28 de febrero estaban nuevamente juntos en el proscenio estos dos artífices, además de Javier Pagola, alcalde de Calahorra y de Luis Alegre, consejero de Educación y Cultura del Gobierno de La Rioja. En emotivo acto se inauguró el monumento. Ortega dijo, entre otras cosas: «En 1948, Calahorra fue la única ciudad de España y del mundo entero que celebró el XVI centenario del poeta Aurelio Prudencio Clemente. Hoy, 28 de febrero de 1998, es la ciudad de Calahorra la única ciudad de España y del mundo entero que celebra el 1.650 aniversario de Aurelio Prudencio. Y es que sencillamente, son las madres verdaderas las que reconocen a sus hijos verdaderos. Callen, pues, de una

vez para siempre, todas esas ciudades que con buen gusto pretenden ser madres de este gran hijo de la ciudad de Calahorra».

La Asociación «Amigos de la Historia de Calahorra», veinte años después de su creación, y el maestro Ortega han hecho una gran obra para España entera al rescatar a Prudencio desde el Olimpo en que estaba postergado: admirado desde la distancia más no conocido su pensamiento ni honrada su figura en monumento alguno de su ciudad. Pedro Gutiérrez Achútegui también debe ser recordado por su empeño inicial en la idea de homenajear a Prudencio.

Esa tarde inaugural, como la fría mañana de la primera piedra, veía la frontera navarra desde el bello mirador donde quedó instalado el monumento, al final de la avenida César Augusto, mientras leía unos versos del *Peristephanon*, posiblemente escritos por Prudencio viendo ese mismo paisaje hace ya tantos siglos:

*Nos Vasco Hiberus diuidit  
binis remotos Alpibus  
trans Cottianorum iuga  
trans et Pyrenas ninguidos.*

